



POR UN DEBATE DE IDEAS

Alfonso GUERRA

A la hora de plantear un debate serio debemos empezar preguntándonos: ¿qué preocupa más a los españoles en estos momentos?, ¿qué preocupa a los que se sienten ligados a un proyecto socialista? Los que hablan y escuchan a la gente saben que hay un interés grande por cinco o seis problemas básicos (el paro, el futuro de las pensiones, la juventud, el medioambiente, la vivienda, la sanidad, la educación, las drogas, etc.).

Para hacer frente a estos problemas son necesarias tres cosas: proyectos e ideas claras (e innovadoras), una organización eficaz y sólida, y credibilidad política. Es decir, para actuar eficazmente en política hay que despertar confianza.

En los debates cuyos resultados se recogen en cuatro publicaciones recientes (*) hemos intentado trabajar en esa dirección y con esa fina-

(*) *Sistema* 188-119; *El Socialismo del Futuro* 8; *La socialdemocracia ante la economía de los años 90*, Sistema, Madrid 1994; *Compromiso de Progreso*, Fundación Jaime Vera, Madrid 1994.

lidad. Proponiendo ideas, proyectos y soluciones de carácter progresista a las cuestiones que más preocupan a los ciudadanos, en unos momentos en los que existen no pocas dificultades y problemas, y en los que todos tenemos que ser capaces de poner nuestro esfuerzo, porque los ciudadanos esperan de nosotros seriedad y respuestas constructivas. Para eso estamos, para intentar aportar soluciones a los problemas y no para crear nuevos problemas, ni para reaccionar pasiva o torpemente ante los que existen.

Precisamente para evitar que los ciudadanos sólo reciban algunos ecos generales del debate político socialista, hemos hecho un esfuerzo para lograr que estos debates sean totalmente transparentes, poniendo en muy poco tiempo a disposición de todo el mundo los textos a que antes hacíamos referencia. Y que forman parte, como es sabido, de un debate teórico y político mucho más amplio y concreto a la vez, que está teniendo lugar en el socialismo en estos momentos.

En España, durante los últimos años, hemos realizado un esfuerzo de debate político que ha sido objeto de un creciente interés y atención internacional, como nunca antes había ocurrido en el socialismo español. Los mejores ejemplos de estos debates los tenemos en las reuniones de Jávea, en los *Encuentros internacionales sobre el futuro del socialismo*, en las *Escuelas de Verano*, en las reuniones y encuentros de la Fundación Jaime Vera y la Fundación Pablo Iglesias, en el *Programa 2000*, en publicaciones como las revistas *Sistema*, *Leviatán*, *Zona Abierta*, *Letra Internacional* y la revista internacional de debate político *El Socialismo del Futuro*, que permite que nuestros debates sean divulgados y conocidos en los principales países del mundo.

El debate de ideas debe ser entendido como un debate programático-político, útil y concreto. No se trata de refugiarse en filosofías al margen de la realidad política, sino de buscar el equilibrio entre la teoría y la práctica, entre el afán de la utopía, de ir por delante de los hechos, que caracteriza al pensamiento progresista y los programas concretos que deben considerar todos los aspectos de la realidad política.

El debate de las ideas, pues, hay que entenderlo como un debate vivificador y clarificador para la orientación de las políticas concretas, y no como una especie de entretenimiento sólo para intelectuales. Esta fue, precisamente, la orientación y el sentido originario del socialismo, al que ya el joven Marx se refirió con su conocida sentencia: «Los filósofos hasta ahora han interpretado el mundo. De lo que se trata ahora es de transformarlo».

Hay que reivindicar, pues, el debate de ideas. Sin un esfuerzo prioritario por lo programático, sin un genuino afán transformador, la política puede parecer una lucha de poder desnuda —y carente de sentido— por posiciones personales, ante la que los ciudadanos no

manifestarán sino perplejidad o desprecio. «Si la lucha política prescinde de las ideas —decía un dirigente histórico del socialismo— sólo quedan las bajas pasiones.» Estoy entre los que creen que la política es algo mucho más rico y generoso. Y por ello me parecería un error alentar lo que pueda ser visto por los ciudadanos como una lucha desnuda por el poder.

El socialismo español tiene una historia centenaria, que lógicamente no ha estado exenta de debates, pero siempre han sido debates que han tenido un fuerte componente estratégico y programático, y que siempre han terminado por permitir encontrar un equilibrio interno, entre los impulsos de cambio y los de continuidad. Lo que ha dado lugar a que la organización socialista siempre haya sabido, a la vez, renovar y mantenerse fiel a sus ideas socialistas.

Por remitirnos sólo a los últimos años, habría que recordar los procesos de cambio generacional que tuvieron lugar en el Congreso de Suresnes; de actualización ideológica y programática, con el debate sobre el marxismo; la estrategia del cambio en las elecciones de 1982; la aprobación del *Programa 2000*. Todos estos debates, en los que me impliqué muy activamente, así como todos los procesos de integración política de las distintas fuerzas políticas socialistas, primero, y de comunistas más recientemente, tuvieron éxito porque fueron resultado de un equilibrio responsable entre continuidad y cambio, porque querían ampliar y enriquecer el socialismo, y no empequeñecerlo, y porque sintonizaron con un sentir mayoritario entre los afiliados, los votantes y la población, que los aplaudió y los apoyó. Las ideas y el debate de ideas deben ser entendidas, pues, como una especie de brújula para orientar la acción política.

El socialismo ha sido durante muchos años un ejemplo de coherencia democrática y de lealtad política a sus votantes. Por eso cuenta con un depósito importante de confianza entre los ciudadanos, y es una referencia política básica para millones de españoles.

El socialismo ha cumplido un papel fundamental en la historia reciente de España, porque ha representado, y representa, los intereses de millones de trabajadores de todo tipo, porque ha contribuido a asentar la democracia y a dotar de estabilidad al actual sistema político español, y porque durante más de once años ha garantizado la gobernabilidad de España y la misma vertebración del Estado. Por eso nada de lo que ocurra en el socialismo puede verse como algo ajeno a la propia dinámica de España. El socialismo ha cumplido, y cumple, un papel tan importante para la democracia y para el equilibrio en la representación de los intereses sociales, que todos estamos obligados a actuar con un gran sentido de la responsabilidad, con un gran sentido de nuestras obligaciones políticas. Por ello, debemos estar dispuestos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para que el socialismo con-

tinúe siendo respetado por su coherencia y su sentido de la lealtad política, y por su capacidad para contribuir a la estabilidad política y a la gobernabilidad de España, bien sea desde el poder, bien sea desde una oposición responsable. Por eso quiero decir aquí con toda claridad que continuaré haciendo todo lo que esté en mis manos para que el socialismo pueda continuar cumpliendo el mismo papel fundamental en la democracia española.

¿Qué debemos hacer ahora y en un futuro inmediato los socialistas para lograr un nuevo impulso político? Debemos empezar por responder a tres preguntas: ¿qué propuestas programáticas planteamos?, ¿con qué sectores sociales queremos contar y con quién estamos dispuestos a colaborar, o a aliarnos en su caso, para llevarlo a cabo?, y ¿cómo nos vamos a organizar políticamente para trabajar por nuestros programas e ideales?

La primera pregunta es ¿qué queremos hacer?, ¿cuáles son los objetivos —programa— y metas fundamentales del socialismo español en los próximos años?, ¿qué soluciones y alternativas proponemos a los problemas reales que preocupan a los ciudadanos?: la crisis económica, el desempleo, la seguridad social, la droga, la vivienda, etc. Esto es lo fundamental políticamente, es lo que preocupa a los ciudadanos y lo que debería ocuparnos prioritariamente a los socialistas. En definitiva, lo que decidirá el mayor o menor apoyo de los ciudadanos será la capacidad para articular unas propuestas programáticas acertadas, que permitan hacer una buena política, que genere confianza y con la que se identifiquen los sectores sociales mayoritarios.

La segunda pregunta —¿Con quién?—, lógicamente, está en función de lo anterior. Una vez definido el programa hay que plantearse: ¿con qué apoyos estratégicos hay que contar y qué alianzas eventuales hay que considerar para llevar a cabo la política que «autónomamente» hayan decidido los socialistas? Y no al revés. La política no es, ni puede ser, un trabajo de laboratorio, pensado desde la distancia o el aislamiento. Por ello, tenemos que formular nuestras políticas teniendo muy claras las imágenes concretas de nuestros electores: hay que pensar, por ejemplo, en el trabajador de la industria o la construcción con problemas de ajustes o dificultades en su empresa, en los jóvenes que se preocupan por su futuro y también por los problemas globales, por la ecología y la miseria en el mundo, en las mujeres que urgen una mayor y más efectiva igualdad, en los padres que quieren una educación de más calidad para sus hijos, una eficaz solución al problema de las drogas, etc.

La política no debe ser vista como algo abstracto, como algo plano, sin rostros humanos. Nosotros hemos sido elegidos por seres humanos, con problemas y anhelos concretos que no pueden esperar, que no podemos hacer esperar si queremos continuar contando con su confianza.

En concreto el socialismo ha venido contando con el apoyo de unos sectores sociales bastante amplios, a los que se ha calificado como «el bloque social de progreso», formado por los trabajadores de la industria y los servicios, los agricultores, los pequeños empresarios y los sectores progresistas de las clases medias y los profesionales.

Dentro de este amplio bloque de progreso, las clases trabajadoras han ocupado un lugar central, tanto por su número como por el significado que han tenido desde sus orígenes en la definición y desarrollo del proyecto socialista. Por ello, la confianza y el apoyo de las clases trabajadoras es imprescindible para un proyecto verdaderamente socialista; y no se trata solamente de una cuestión de votos. Aunque sin votos suficientes, como es sabido, la política se pierde en los vericuetos de la nostalgia. De ahí, pues, la importancia de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales para cualquier proyecto progresista y, desde luego, para la misma estabilidad y buen funcionamiento del sistema democrático.

Es lógico, por tanto, que seamos muchos, y no solamente socialistas, los que estemos preocupados por las complejidades y perplejidades que surgen a partir de la actual situación de discrepancias y desencuentros con los sindicatos. No faltan incluso los que se sienten confundidos por los distintos tipos de relaciones que se reflejan en los medios de comunicación con las organizaciones sindicales y empresariales. Lo cual nos exige estar prevenidos ante algunas paradojas creadas por imágenes públicas que pueden dar a entender mayores sintonías empresariales, en contraste con una confrontación y discrepancia con los sindicatos. Hay, pues, que reclamar por parte de todos un mayor esfuerzo constructivo por dialogar, negociar, aproximar posturas e intentar llegar a acuerdos. Y, sobre todo, hay que intentar recuperar una mayor sintonía política con los sindicatos, desde la autonomía recíproca de las organizaciones. Con acuerdos todos saldremos beneficiados y los sindicatos lograrán una mayor representación y peso político y social, si están dispuestos a asumir su propia responsabilidad en el diálogo. Los desacuerdos, en cambio, no benefician a nadie.

Pero no es posible quedar anclado en una visión corta sobre lo que han sido los apoyos tradicionales, o más naturales, en un mundo en el que están teniendo lugar tantas transformaciones. Toda organización viva tiene que realizar un esfuerzo permanente por revitalizarse y ensanchar horizontes, por ganar nuevos apoyos, sin poner en cuestión o sacrificar los anteriores.

Para ensanchar horizontes tenemos que hacer un esfuerzo de diálogo y aproximación con los responsables y los votantes de otras fuerzas progresistas, que permitan ampliar fuerzas y ganar más apoyos para las ideas avanzadas que defendemos. Es necesario, pues, tener una visión precisa y equilibrada de todos los apoyos posibles del pro-

yecto socialista, sin que *a priori* se excluya la participación de nadie, y con una especial atención a todo el potencial político nucleado en torno a los Nuevos Movimientos Sociales, los ecologistas, los pacifistas, las feministas, así como a los comunistas reformadores, y otros sectores progresistas de la sociedad. Los tiempos que vivimos, y que vamos a vivir, no son tiempos para que el socialismo se ensimisme o se cierre sobre sí mismo, sino para abrir nuevos horizontes políticos y para potenciar y revitalizar nuestras ideas centenarias.

La tercera pregunta a que hacía referencia era ¿cómo?; ¿con qué organización, con qué modelo tenemos que actuar? Y debo empezar por decir claramente que tengo preocupación por la situación actual del socialismo. Creo que en estos momentos es necesario actuar, a la vez, con un gran rigor y tolerancia y, sobre todo, con un gran sentido de la acción solidaria y disciplinada. Hay que hacer un esfuerzo real de integración política y de equilibrio responsable, que no frustre ni excluya a nadie.

Pero lo más importante del debate, me parece a mí, es que lo debemos situar en la perspectiva histórica de España. Nuestra acción política debe partir de una reivindicación clara de la idea de España, del concepto histórico de España. «Yo creo en España.» Las aspiraciones profundas del socialismo español están entroncadas con una preocupación por el problema de España que debe llevarnos inequívocamente a reivindicar la tradición de la generación del 98, de los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, de Pablo Iglesias..., de quien Ortega dijo, por cierto, que era uno de los europeizadores máximos de España. La idea de la vertebración de España, la visión de la España histórica «marcada por profundas desigualdades y por la marginación social y política» de muchos españoles, han estado, y están en la base de nuestros análisis políticos y en la definición de nuestros proyectos estratégicos y programáticos.

El proyecto político del socialismo es un proyecto concebido para España —en su plena dimensión— aunque se proyecte también en contenidos propios. De ahí nuestra preocupación por los problemas, disfunciones y desajustes que puedan producirse en nuestro sistema político, si no se llega a un equilibrio adecuado sobre el peso y la representación de los diferentes sectores sociales, locales y regionales.

Con la participación de muchos, y con su entusiasmo, hemos sido capaces de alcanzar metas importantes. Ahora, en momentos de dificultad, se necesita nuevamente la contribución de todos, y todos debemos estar dispuestos a volcarnos para luchar contra la tendencia al pesimismo, contra la falta de horizontes, que es la peor crisis política que se pueda imaginar en un país. Los socialistas españoles debemos estar dispuestos a situarnos a la cabeza de un nuevo impulso político solidario, reivindicando la idea de España, de una España justa y de-

mocrática, con capacidad para despertar entusiasmo en torno a nuevos objetivos y nuevos horizontes políticos, económicos y sociales.

Alfonso Guerra

Cuando volvemos la vista atrás, nos sentimos impresionados por lo mucho que se ha logrado durante la «transición democrática» y la llamada «década del cambio» de gobierno socialista para superar muchos de los problemas tradicionales de España. Hemos logrado una Constitución estable, hemos normalizado las relaciones del Ejército con el poder democrático, hemos consolidado un modelo integrado de Estado de las autonomías, hemos impulsado una seria política de modernización, nos hemos incorporado definitivamente a Europa, hemos realizado un gran esfuerzo en política educativa y en inversiones en comunicaciones e infraestructuras y, sobre todo, hemos llevado a cabo una política social intensa que nos ha permitido garantizar a todos los españoles los derechos sociales básicos, las universalizaciones en educación, asistencia sanitaria y pensiones. Sin duda, aún quedan muchas cosas pendientes por hacer y también han existido carencias y errores que debemos combatir, pero el balance de los últimos años en general ha sido muy positivo.

En estos momentos existen, sin embargo, algunos riesgos ante los que debemos estar prevenidos y a los que me gustaría referirme aquí. El primer riesgo puede venir de algunos tratamientos de la cuestión autonómica, que no se puede mantener abierta indefinidamente. Hay que tener mucho cuidado con la escalada de declaraciones y con las imágenes que pueden proyectarse de utilizar una eventual «aportación de votos» como permanente presión sobre la gobernación de España, o en algunas negociaciones políticas. Hay que actuar, por ello, con un gran rigor en la política de alianzas, siendo capaces de mantener una visión integradora y, a la vez, plural de la idea de España en el marco de la inserción europea.

Los vascos, catalanes, gallegos, andaluces, castellanos, aragoneses, etc., han desempeñado papeles muy importantes en la historia de España, los desempeñan ahora y los deberán desempeñar en el futuro. Los tiempos históricos que corren son tiempos de integración, como se demuestra con el mismo proyecto de construcción europea en el que participamos. Por ello todos debemos estar dispuestos a contribuir desde nuestras responsabilidades a ese esfuerzo integrador, desde la pluralidad y riqueza de nuestras respectivas regiones y países. Pero evitando la tentación de utilizar la idea de España como moneda de trueque político. Sería un gran error histórico. Como decía Ortega y Gasset, «mejor conllevar el problema que entregar el Estado». El socialismo ha demostrado claramente su capacidad para vertebrar eficazmente el Estado, en contraste con una derecha española que nunca hasta ahora ha sido capaz de articular un proyecto democrático vertebrador de España, ni de integrar a los sectores «nacionalistas» vascos y catalanes en un verdadero proyecto nacional.

El segundo riesgo se deriva de los posibles problemas causados por la no inserción —o la insuficiente inserción política y social— de alguno de los grandes agentes o colectivos sociales. Esto es lo que podría ocurrir con los sindicatos que, debido a la dinámica política de los últimos años y a su forma de entender la autonomía sindical, han acabado por quedarse sin unos «referentes» políticos precisos.

Pero hay también otros grandes colectivos sociales que pueden encontrarse con problemas de insuficiente inserción política: los jóvenes (con sus problemas de empleo y vivienda), los jubilados (con los riesgos de recortes en las políticas sociales, que vienen postuladas desde las posiciones más conservadoras), las mujeres (en su lucha por la igualdad), etc. Si no se atiende suficientemente a estas cuestiones y no se escucha la voz de todos estos sectores sociales, o se les da la espalda, se corre el riesgo de que un número elevado de ciudadanos se quede sin referente político.

Europa constituye para todos nosotros en estos momentos el marco fundamental de nuestra acción política. Europa ya no puede ser vista ni como meta, ni como mito, sino como necesidad. De ahí que los socialistas debamos profundizar en nuestra visión sobre Europa, no la Europa sólo de las mercancías, sino la Europa social y solidaria de los ciudadanos. Nuestra visión de Europa debe situarse en un contexto internacional, caracterizado por la presencia de grandes problemas globales (el deterioro ambiental, el hambre, el armamentismo, los riesgos nucleares, una infame guerra en la misma Europa, etc.). Vivimos en un mundo en el que, junto a graves problemas de pauperización, existen notorias tendencias a refugiarse en un fundamentalismo economicista, en un simplismo dogmático moral del mercado, que no tiene en cuenta la dimensión real y humana de los problemas sociales, y que entroniza el dinero como valor supremo. Pero la experiencia demuestra que el dinero no es sabio, que no existe la sabiduría material del dinero. Este dogmatismo moral puede destruir a los pueblos, porque no se puede medir el éxito de un país únicamente en términos del PIB, ni se pueden resolver todos los problemas con las recetas de algunos monetaristas del Fondo Monetario Internacional. El éxito de una nación, el éxito de una política tiene que medirse en términos más amplios: no sólo en el tener, sino en el ser; no en la capacidad irrefrenable de tener más y más, sino en la capacidad para vivir humanamente mejor, para alcanzar una mayor equidad, una mayor seguridad y una mejor calidad de vida. Por ello, no deberíamos pensar sólo en términos de Producto Interior Bruto, sino del Bienestar Social Nacional. La «riqueza de las naciones» debe ser vista también como una riqueza moral, social, humana. De ahí la necesidad del socialismo. Ese es el papel que debe cumplir.

Las políticas sociales impulsadas por los socialistas han contribuido durante los últimos años a orientar la dinámica política de algunos paí-

ses en una dirección de más equidad social y de mayor sentido humano. Por ello, las conquistas del Estado de bienestar son irrenunciables. El progreso de la democracia social que implican estas conquistas sociales, suponen a su vez un afianzamiento y un desarrollo más pleno de la democracia política. Actualmente el Estado de bienestar no sólo es un proyecto moral, o un buen deseo, sino una absoluta necesidad política.

El Estado de bienestar, por ello, ha llegado a ser una de las instancias de legitimación de las democracias modernas. El Estado de bienestar no es «una moneda de cambio», como cree la derecha, sino una necesidad económica, y su puesta en cuestión no sólo es injusta, sino que supone un peligro de modificación de todos los equilibrios alcanzados, poniendo en riesgo la paz social y política.

Uno de los mayores méritos del Estado del bienestar es que dio lugar al periodo de mayor estabilidad política y social que se ha conocido en Europa, convirtiéndose en una de las mejores referencias concretas de las posibilidades del socialismo democrático. Hemos dicho muchas veces que socialismo es libertad. Que la más plena libertad necesita del socialismo. Por ello se equivocan los que quieren confrontar la idea de libertad con la de socialismo, o los que piensan que se puede reducir simplistamente el socialismo a la libertad, a la mera democracia política, o a un escueto proyecto «modernizador». El socialismo completa y autentifica la libertad. Una y otra deben ser vistas como las dos caras necesarias de una misma moneda.

Los tiempos que vienen son tiempos de dificultad y complejidad: la crisis económica, el paro estructural, las tensiones y conflictos internacionales. Y en estos tiempos el socialismo va a jugar —debe jugar— un papel central, ofreciendo un proyecto solvente de seguridad en el futuro, no dejando el futuro al curso del azar. Hay que trabajar por lo necesario. La política para los socialistas no debe ser vista sólo como «el arte de lo posible», sino como el arte de hacer posible lo necesario. Esta es la orientación y el talante con el que debemos trabajar los socialistas. No plegarnos a las modas, sino actuar inteligentemente, con realismo activo, poniéndonos en la avanzada del progreso. solidariamente.

Por ello no aceptaré la dialéctica amigos/enemigos dentro del socialismo. Mis adversarios son los adversarios del socialismo, los adversarios de las ideas de progreso y de equidad social. Me opondré a quien quiera dividirlo o diluirlo. Socialista desde muy joven, lo fui por las ideas, por el proyecto, he trabajado por las ideas socialistas desde mi juventud. Es en lo que creo. Y siempre estoy dispuesto a trabajar por lo que creo.

No me van a convencer de que hay que dejar de ser socialista, ser de izquierdas, porque esa es la moda dominante (lo cual no es verdad:

vamos hacia un nuevo ascenso del socialismo y de la izquierda en el mundo). He sido socialista desde hace muchos años, soy socialista y seguiré siendo socialista. Por ello haré oídos sordos a todos los cantos de sirena con que nos atosigan para convencernos de que se han acabado los tiempos del socialismo, y que hoy no está bien visto ser socialista. Soy socialista por convicción, lo fui en tiempos difíciles, en los que carecíamos de libertad y de casi todos los medios necesarios para hacer nuestro trabajo, y por ello ni me amedrento, ni me voy a dejar amedrentar, por las presiones de los poderosos de ayer o de hoy.

Deseo que la próxima cita del socialismo sea un éxito, que no defraude a nadie, sobre todo que no defraude a los que se identifican con el proyecto socialista. Y lo digo pensando en tantos y tantos hombres y mujeres que, a lo largo de la centenaria historia del socialismo, tanto hicieron y tanto se sacrificaron por hacer del PSOE una organización fuerte y respetada por sus ideales del socialismo.

Un socialismo unido y reforzado, con un proyecto que refleje:

- Voluntad transformadora.
- Inconformismo contra las situaciones de injusticia.
- Un sano utopismo (saber y querer, ir por delante).
- Un compromiso de solidaridad.
- Responsabilidad (personal y grupal). En contraste con el déficit de responsabilidad, tan frecuente hoy.

En 1976, aún sin democracia, dije: «Sabemos que sólo el socialismo puede vencer y convencer. El socialismo vencerá». Sigo creyendo en la vigencia de aquellas palabras.

En el proyecto socialista no hay, ni habrá, cabida para ningún intento de dar marcha atrás. Es posible que pueda haber alguna dificultad temporal en la evolución del socialismo, pero a los que puedan sentir alguna preocupación o inquietud quiero manifestarles firmemente mi convicción de que la marcha del socialismo seguirá su camino; que continuaremos avanzando, y que en un verdadero socialista no debe haber huecos para el desánimo. Hoy, como ayer, mi convicción es que el socialismo vencerá porque convencerá.
